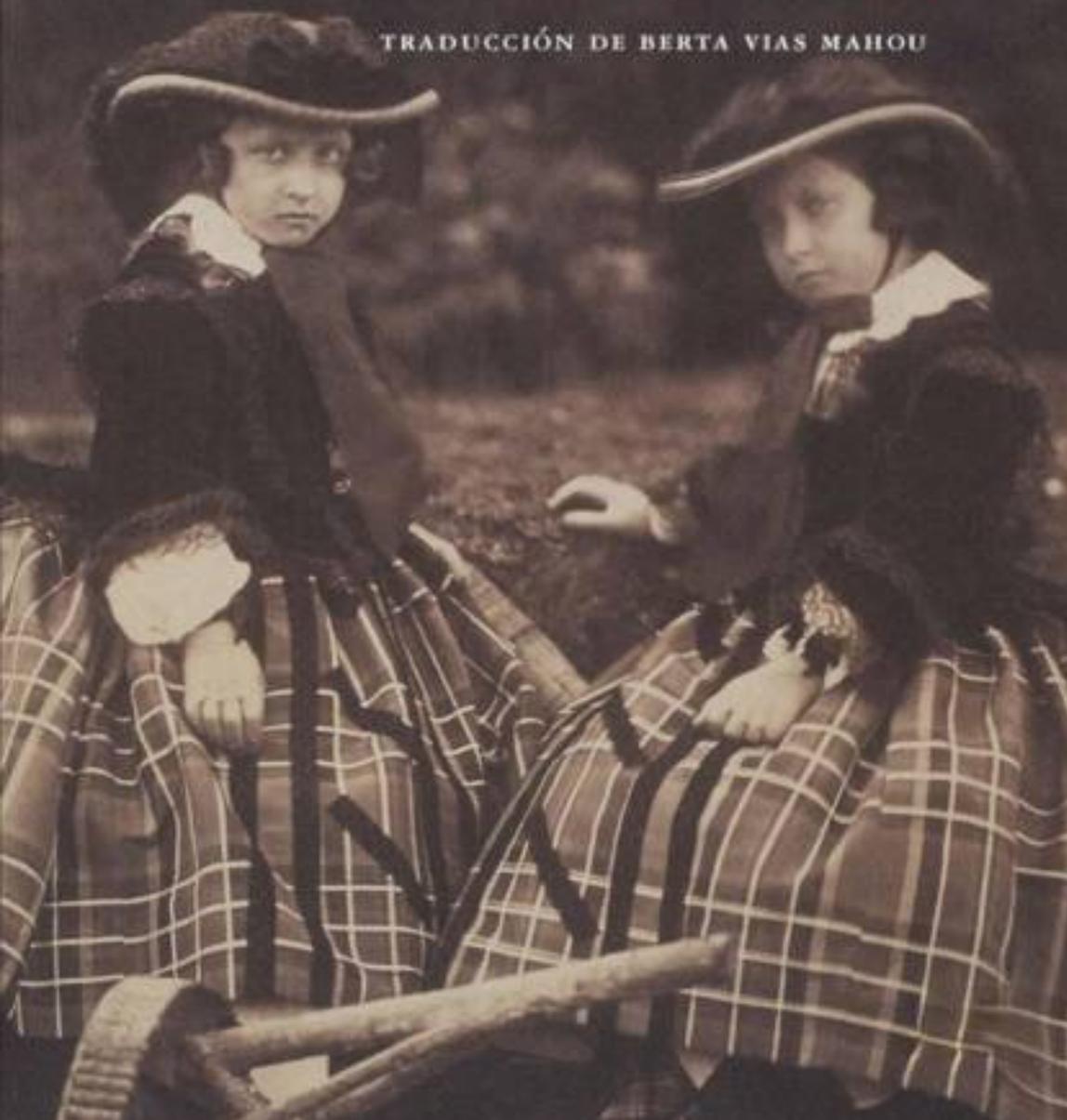


Stefan Zweig
Las hermanas
«Conte drolatique»

TRADUCCIÓN DE BERTA VIAS MAHOU



En esta historia, tan pícara como moral, a pesar de la advertencia del autor, nos habla Zweig de la idea del doble, en este caso representado por dos hermanas: Sophia (la razón) y Helena (la pasión). Ambas compiten por recuperar, cada una a su manera, el esplendor perdido de su familia. Una, a través de la virtud, la otra, a través de la pasión. Pero ¡cuán delgada es la línea que separa la templanza de la voluptuosidad! Precisamente esto es lo que Helena pretende averiguar cuando pone a prueba a su hermana, sin sospechar el sorprendente final que el destino le depara.

LAS HERMANAS

En algún lugar en una ciudad meridional, cuyo nombre preferiría no mencionar, me sorprendió, al salir de un estrecho callejón, la visión repentina y soberbia de un edificio de estilo antiguo, rematado por dos formidables torres hasta tal punto de las mismas medidas y forma que a la luz del crepúsculo producían el efecto de ser la una la sombra de la otra. No se trataba de una iglesia, como tampoco parecía haber sido un palacio en otro tiempo. Daba una impresión monacal y, sin embargo, con sus superficies amplias, imponentes, parecía una construcción profana, por supuesto, de una época indeterminada. De modo que, con cortesía, alzando el sombrero, importuné a un ciudadano de rojas mejillas, que en aquel preciso instante tomaba un vaso de vino del color de la paja en la terraza de un pequeño café, y le pregunté por el nombre de aquel edificio que se alzaba de manera tan imponente por encima de los bajos tejados a dos aguas. El hombre, sentado plácidamente, levantó la vista sorprendido y, sonriendo despacio y paladeando, me contestó:

—No puedo darle una información del todo fiable. En el plano de la ciudad puede que aparezca bajo otro nombre, pero nosotros seguimos llamándolo como en los viejos tiempos: la casa de las hermanas. Tal vez porque las dos torres son tan parecidas entre sí. Tal vez también porque...

Se detuvo y, previsor, reprimió una sonrisa, como queriendo asegurarse antes de haber tentado lo suficiente mi curiosidad. Pero una media respuesta hace que uno se vuelva impaciente por conocer el resto, de modo que enta-

blamos conversación y con gusto accedí a su invitación de probar un vaso de aquel áspero vino dorado. Ante nosotros, las agujas de las torres refulgían soñadoras a la luz de la luna que lentamente se iba aclarando. El vino me gustó, me pareció excelente, como también la pequeña leyenda de las hermanas iguales-desiguales que me contó aquel hombre en medio de aquel tibio anochecer y que se reproduce aquí de la manera más fiel posible, aunque sin garantía alguna acerca de su veracidad histórica.

Cuando en una ocasión el ejército del rey Teodosio se vio en la necesidad de instalar sus cuarteles de invierno en la que por entonces era la capital de Aquitania, y gracias a un merecido descanso los rocines derrengados recuperaron su pelaje suave como la seda y los soldados comenzaron a aburrirse, sucedió que el capitán de la caballería, de nombre Herilunt, un lombardo, se enamoró de una hermosa tendera que allí, a la sombra llena de recovecos de los barrios bajos de la ciudad, vendía especias y dulce pan de miel. Él sucumbió de manera tan fuerte a la pasión que, indiferente a su baja extracción social, la desposó rápidamente para poder estrecharla cuanto antes entre sus brazos y se mudó con ella a una casa principesca en la plaza del mercado. Allí se quedaron sin que nadie los viera durante muchas semanas, abandonados el uno al otro, y se olvidaron de los hombres, del tiempo, del rey y de la guerra. Pero mientras ellos estaban por completo sumidos en el amor y se quedaban cada noche amodorrados el uno en brazos del otro, el tiempo no durmió. De pronto se levantó un cálido viento del sur, bajo cuya lengua abrasadora el hielo reventó en las corrientes, y a cuyo paso fugaz en los prados los crocus y las violetas empollaron sus florecillas de distintos colores. De la noche a la mañana, las copas de los árboles reverdecieron. En las ramas heladas, guirnaldas llenas de capullos rompieron sus húmedos brotes. La primavera volvió a renacer de la tierra saturada. Y con ella, de nuevo la guerra. Una mañana la aldaba de bronce del portón golpeó, imperiosa

y exigente, en mitad del ligero reposo matutino de los amantes. Un mensajero del rey ordenó a su capitán que cogiera sus armas y partiera de allí. Los tambores resonaron en los cuarteles de acantonamiento. El viento restalló en las banderas. Y pronto la plaza del mercado chisporroteó bajo las pezuñas de los caballos ensillados. Entonces Herilunt se deshizo con rapidez de los suaves brazos con los que su mujer invernal se agarraba a él, pues aun siendo su amor tan fogoso, con mayor fuerza ardían en él la ambición y el placer masculino frente a la batalla campal. Insensible a sus lágrimas e inmovible frente a su deseo de acompañarle, dejó a la mujer en aquella espaciosa casa e irrumpió con la formidable tropa en el país de Mauritania. En siete combates derrotó al enemigo. Con dureza barrió los bastiones piratas de los sarracenos. Destruyó sus ciudades y las saqueó, triunfal, bajando hasta la costa, donde tuvo que fletar veleiros y galeras para enviar a casa el botín. Tan inconmensurable era su opulencia. Jamás una victoria se había ganado luchando con tanta premura. Jamás una expedición militar se había coronado con tal rapidez. No es de extrañar que el rey, para agradecer a tan intrépido siervo en la guerra, le concediera en feudo y administración a cambio de un insignificante tributo el norte y el sur del país conquistado.

Entonces Herilunt, cuya patria hasta ese momento había sido la silla de montar, hubiera podido solazarse y deleitarse de por vida con harto bienestar. Pero su ambición, más bien agujoneada que mitigada por la rápida ganancia, le hizo negar la idea de convertirse en un mero súbdito y de pagar tributo ni tan siquiera a su señor. Tan sólo una diadema real le parecía lo suficientemente brillante para coronar la frente lisa de su esposa. De modo que de manera encubierta incitó a sus propias tropas a que se rebelaran contra el rey y provocó un levantamiento. Pero, denunciada a tiempo, la conspiración fracasó. Golpeado aun antes de la batalla, excomulgado por la Iglesia, abandonado por sus propios caballeros, Herilunt tuvo que huir a las montañas. Y

allí, mientras dormía, unos campesinos mataron a golpes al proscrito para cobrar la elevada recompensa.

Al mismo tiempo que los esbirros del rey hallaban el cadáver sangriento del rebelde sobre el lecho de paja de aquel granero, le arrancaban las alhajas y las ropas y arrojaban el cuerpo mutilado al desolladero, su mujer, sin saber nada de su muerte, daba a luz en la cama de brocado del palacio a un par de niñas, gemelas, que ante una gran concurrencia de ciudadanos fueron bautizadas por el propio obispo con los nombres de Helena y Sophia. Aún repicaban las campanas en las torres y tintineaban las copas de plata durante el banquete, cuando de súbito llegó la noticia del levantamiento y la muerte de Herilunt, seguida rápidamente por una segunda embajada, según la cual el rey, de acuerdo con las leyes consuetudinarias, reclamaba para su tesoro la casa y los bienes del rebelde. De modo que la hermosa tendera, apenas recuperada del parto, tras un breve período de magnificencia hubo de volver al mohoso callejón de los barrios bajos de la ciudad con el viejo y raído vestido de lana. A su miseria ahora añadía dos hijas menores de edad y la amargura de un desengaño tan duro. De nuevo se sentó desde la mañana hasta la noche sobre el vulgar taburete de madera de su comercio y ofreció al vecindario especias y dulces productos de miel, y con frecuencia maliciosos discursos sarcásticos, a la vez que se embolsaba las monedas de cobre ganadas de forma miserable. La aflicción apagó rápidamente la clara luz de sus ojos. Las canas prematuras hicieron palidecer su cabello. Pero la avispada alegría y el especial atractivo de las encantadoras gemelas la resarcieron rápidamente de la pobreza y la adversidad, pues las dos habían heredado la belleza radiante de la madre y eran tan parecidas entre sí en la figura y en la gracia al hablar que se diría que en una se contemplaba como en un espejo vivo la deliciosa imagen de la otra. No sólo los extraños, ni siquiera su propia madre era capaz de distinguir a aquellas dos niñas que tenían la mis-

ma edad y la misma figura. A Helena y Sophia. Tan completo era su parecido. De modo que hizo que Sophia llevara como brazaletes una cintita de tela para diferenciarla de su hermana gracias a aquel distintivo. Pero si oía sus voces o tan sólo veía los rostros de sus gemelas, entonces no sabía con qué nombre debía llamar a cada una de ellas de tan semejantes como eran.

Pero así como habían heredado de la madre la fogosa belleza, fatalmente también habían sacado del padre el desenfreno de la ambición y el afán de dominio, de modo que cada una de ellas se esforzaba por superar a la otra, aparte de a todas las demás niñas, en todos los aspectos. A esa temprana edad en la que por lo general los niños juegan indiferentes y sin malicia, ellas dos convertían de manera violenta cualquier actividad en un campeonato y en motivo de celos. Si un desconocido, regocijado por la gracia de una de las niñas, le ponía a una de ellas un bonito anillo en el dedo, sin ofrecer a la otra el mismo obsequio, si la peonza de una de las niñas giraba más que la de la otra, la madre podía encontrar a la perjudicada tirada en el suelo, con los puños apretados entre los dientes y golpeando el suelo furiosa con los tacones. Ninguna permitía que se le hiciera un elogio, ni una caricia a la otra, que la hermana sacara mejor resultado en alguna cosa, y aunque se parecían tanto que los vecinos en broma las llamaban espejitos, ellas asolaban y afligían sus días con una envidia mutua, constante e incendiaria. En vano trataba la madre de refrenar aquel exceso de ambición tan poco fraternal. En vano trató de aflojar la cuerda siempre tensa de su deseo de emulación. Pronto hubo de reconocer que en las personas aún inmaduras de aquellas dos niñas seguía desarrollándose una herencia desgraciada, y sólo le quedaba el triste consuelo de que precisamente gracias a aquella rivalidad constante pronto serían las más inteligentes y las más hábiles entre todas las de su edad. Pues no importa lo que una de ellas empezara a aprender, en seguida la otra la emulaba, impa-

ciente por aventajarla. Y como las dos tenían un cuerpo ágil y una mente rápida, ambas aprendieron en el más breve plazo de tiempo todas las artes provechosas y fascinantes de las mujeres, que son: tejer, teñir telas, ensartar cuentas, tocar la flauta, bailar con donaire, componer primorosos poemas y recitarlos después armoniosamente al laúd. Y por último, más allá de lo que es costumbre entre las mujeres de la corte, incluso latín, geometría y la sublime ciencia de la filosofía, materias en las que las instruyó, benévolo, un viejo diácono. Pronto no hubo en toda Aquitania ninguna muchacha que, ni en la gracia del cuerpo, ni en los finos modales y la agilidad del espíritu, se pudiera comparar con las dos hijas de la tendera. Pero nadie habría sabido decir cuál de las dos, tan parecidas eran entre sí, si Helena o Sophia, merecía el premio de la perfección, pues nadie las distinguía ni en lo que respecta a la figura ni en cuanto a vivacidad y discurso.

Sin embargo, con el amor por las bellas artes y el conocimiento de todas las cosas delicadas y suaves que conceden tanto al cuerpo como al espíritu esa fogosidad que en todo momento ansia elevarse por encima de la estrechez para alcanzar lo ilimitado del sentimiento, en ambas niñas se desarrolló pronto una punzante insatisfacción con respecto a la baja extracción social de su madre. Cuando regresaban a casa tras las disquisiciones en la academia, donde rivalizaban con los doctores en el artificioso juego de los argumentos, o, rezumando música, volvían de algún baile, en el que siempre se veían rodeadas de bailarines, al callejón tizado por el humo en el que su madre estaba sentada tras las especias con el pelo sucio, y donde se quedaba hasta la noche para regatear por un puñado de granos de pimienta o unas oxidadas monedas de cobre, se avergonzaban furiosas de su pertinaz miseria. Y la erizada y vieja estera de paja de sus camas rozaba, áspera, sus cuerpos, que ardían por dentro y que aún eran vírgenes. Por la noche se quedaban mucho tiempo despiertas y maldecían su des-

tino, el que ellas, llamadas a aventajar a las damas nobles en gracia y en calidad espiritual, elegidas para pasearse con ropas delicadas y ondeantes, tintineando bajo el peso de las piedras preciosas, estuvieran enterradas en aquella cueva mohosa y mal ventilada, destinadas en el mejor de los casos a convertirse en el ama de llaves del tonelero de la izquierda o del armero de la derecha. Ellas, las hijas del gran general, regias incluso por la sangre y por la mente altiva. Añoraban los aposentos esplendorosos y un séquito de sirvientes, la riqueza y el poder. Y cuando por casualidad pasaba por delante una dama noble envuelta en hermosas pieles, con halconeros y alabarderos arracimados en torno a la litera que oscilaba ligeramente, sus mejillas se ponían tan blancas de rabia como los dientes en el interior de sus bocas. Entonces por su sangre rodaban pujantes el desenfreno y la ambición del padre rebelde, que tampoco quiso conformarse con la mitad de la vida y su pequeña buena estrella. Noche y día ellas dos no pensaban en otra cosa más que en cómo escapar a la indignidad de aquella existencia.

Así ocurrió de modo insospechado, aunque no incomprendible, que Sophia una mañana al despertarse encontró que el lecho junto a ella se encontraba vacío. Helena, el reflejo de su cuerpo, el reverso de sus deseos, había desaparecido en secreto por la noche, y a la madre, sobresaltada, le preocupó mucho que algún noble se la hubiera llevado de allí recurriendo a la violencia, pues ya había muchos entre los jóvenes que habían sido alcanzados por el doble resplandor de las muchachas, quedando cegados hasta la locura. Con la ropa en desorden, con la precipitación de los primeros momentos, se lanzó a la calle para ir a ver al prefecto que administraba la ciudad en nombre del rey y le suplicó que capturara al malhechor. Él prometió hacerlo, pero ya al día siguiente se difundió el rumor cada vez más claro, para enorme vergüenza de la madre, de que Helena, apenas núbil, había huido por su propia voluntad con un joven

que por ella había forzado los arcones y los armarios de su padre. Una semana más tarde, a esta primera noticia le siguió veloz otra aún peor, pues los viajeros contaban con cuánta opulencia vivía la joven cortesana con su amado en aquella ciudad, rodeada de sirvientes, halcones y animales exóticos, envuelta en pieles y en resplandeciente brocado, un escándalo para todas las mujeres decentes del lugar. Y aún no habían masticado lo bastante aquella mala noticia las indiscretas bocas de la gente, cuando otra todavía peor la sobrepasó de un salto. Harta de aquel barbilampiño chisgarabís, apenas le hubo vaciado los sacos y los bolsillos, Helena se había trasladado al palacio del decrepito administrador del tesoro, había vendido su joven cuerpo por nuevo fasto y saqueaba ahora sin compasión al que hasta entonces se había mostrado como un auténtico avaro. Tras unas pocas semanas, después de haberle arrancado a aquel gallo sus plumas de oro y hasta el pellejo, cambió a aquel desposeído por un nuevo amante, al que a su vez hizo marchar para cambiarlo por otro más rico, y pronto no pudo ocultarse que Helena comerciaba con su joven cuerpo con no menor diligencia de lo que lo hacía su madre allí en casa con las especias y el dulce pan de miel. En vano envió la desdichada viuda emisario tras emisario a su perdida hija para que no envileciera de aquel modo tan depravado la memoria de su padre. A fin de colmar la medida de la iniquidad hasta el borde, sucedió, para vergüenza de la madre, que un buen día una suntuosa comitiva subió por las calles desde la puerta de la ciudad. Por delante, corredores vestidos de color escarlata. Detrás, un séquito de caballeros como en la entrada de un príncipe. Y entre ellos, rodeada de perros persas y extraños monos que jugaban a su alrededor, Helena, la hetaira precoz, igual en donaire a la primera de su nombre, aquella Helena que sembró el caos entre los reinos, ataviada como la impía reina de Saba cuando entró en Jerusalén. Entonces se abrieron los hocicos y las lenguas no pararon. Los artesanos abandonaron

sus chozas. Los escribanos, sus documentos. Curiosa, la muchedumbre entusiasmada se apretujó en torno al cortejo, hasta que la multitud revoloteante de los caballeros y de los sirvientes se dispuso en el mercado para el respetuoso recibimiento. Al fin se elevó la cortina y la infantil cortesana avanzó altanera justo hacia la puerta del mismo palacio que en otro tiempo perteneció a su padre y que un amante derrochador había comprado para ella al tesoro real a cambio de tres ardientes noches. Como si se tratara de un ducado sujeto a su servidumbre, penetró en el aposento en el que se encontraba el lecho suntuoso en el que su madre la había traído al mundo con honor, y pronto las habitaciones hacía tiempo abandonadas se llenaron de preciosas estatuas de origen pagano. El mármol refrescó la superficie de los peldaños de madera y se extendió a lo largo de las artificiosas baldosas y de los mosaicos. Tapices cubiertos de retratos y de escenas de acontecimientos trepaban, cálidos, por las paredes, como una hiedra multicolor. La vajilla de oro tintineaba en medio de la música siempre dispuesta para los solemnes banquetes, pues diestra en todas las artes, atractiva por la juventud y seductora por el espíritu, en el más breve espacio de tiempo Helena se había convertido en maestra de todos los juegos amorosos y en la más rica de todas las hetairas. De las ciudades vecinas, de países remotos incluso, acudían hacia allí los hombres ricos, cristianos, paganos y herejes, para gozar al menos una vez de sus favores. Y como su afán de poder no era menos desmesurado que la ambición de su padre, a los enamorados les apretó las clavijas y exprimió la pasión de los hombres con tal ímpetu que les sacó hasta lo último de sus bienes. Incluso el mismísimo hijo del rey tuvo que pagar un amargo rescate a prestamistas y usureros cuando tras una semana de placer, aún loco de amor y cruelmente desengañado, abandonó al mismo tiempo los brazos y la casa de Helena.

No es de extrañar que tan descarado trajín irritara a las mujeres honestas de la ciudad, en especial a las más viejas.

En las iglesias los sacerdotes clamaban contra la precoz corrupción. En la plaza del mercado las mujeres apretaban furiosas los puños. Y más de una vez por la noche las piedras resonaron contra las ventanas y el portón de la entrada de su casa. Pero por más que las decentes se irritaran, todas las mujeres casadas abandonadas, las viudas solitarias, por más que protestaran ladrando las prostitutas viejas, experimentadas en el oficio, a las que de pronto aquella fresca potranca les había saltado insolente en mitad del lecho de los placeres, a ninguna entre todas aquellas mujeres el enojo le abrasaba tanto el corazón como a Sophia, su hermana. Lo que la desgarraba hasta herirle el alma no era tanto el que la otra se entregara a aquella vida licenciosa, sino el rencor por el hecho de que ella misma en aquel entonces perdiera la oportunidad de seguir el mismo ofrecimiento de aquel muchacho noble, y que a la otra le hubiera caído en suerte hasta tal punto todo lo que ella ansiaba en secreto: el poder sobre los hombres y una vida en medio de la abundancia. En cambio, a ella cada noche la asaltaba el ímpetu de las pasiones en la fría habitación abierta al viento, que aullaba compitiendo con la madre regañona. Es verdad que la hermana, vanidosamente consciente de su riqueza, le había enviado en varias ocasiones algunos vestidos espléndidos, pero el orgullo de Sophia se negaba a aceptar limosnas. No, aquello no podía enfriar su ambición, seguir ahora sin gloria alguna los pasos de su hermana, más intrépida, y pelear con ella por los amantes como en otro tiempo por el dulce pan de pimienta. Su triunfo, esto es lo que sentía, debía ser más completo. Y mientras Sophia meditaba día y noche de qué forma podía aventajar a la otra en renombre y admiración, se dio cuenta por el embate cada vez más irrefrenable de los hombres de que aquel modesto bien que le había quedado a ella, su virginidad y su honra intacta, era un valioso reclamo y al mismo tiempo una prenda con la que una mujer lista podía prosperar de una manera magnífica. Así que decidió transformar en algo

de gran valor aquello que su hermana había desperdiciado antes de tiempo, y exhibir su virtud de manera tan evidente como aquella cortesana su joven cuerpo. Si a la otra la alababan por su ostentación suntuosa, ella quería serlo por su humilde pobreza. Y aún no se habían callado los hocicos difamadores, cuando una mañana la asombrada ciudad recibió un nuevo banquete para su curiosidad: Sophia, la hermana gemela de Helena, la cortesana, por vergüenza y al mismo tiempo como penitencia por la vida indecorosa de su hermana, se había retirado del mundanal ruido y había ingresado como novicia en aquella piadosa orden que con incansable solicitud se dedicaba a la asistencia y el cuidado de los achacosos en el hospital para incurables. Los pretendientes que habían llegado demasiado tarde se arrancaban ahora los cabellos ante la idea de que aquella joya intachable se les hubiera escapado. Los devotos, por su parte, aprovechando gustosos la rara ocasión de, por una vez, contraponer a la depravación de los sentidos la hermosa imagen del temor a Dios, difundieron con celo la noticia por todos los países, de modo que ya no se hablaba ni se conocía a ninguna otra virgen en toda Aquitania que no fuera Sophia, la muchacha abnegada, que día y noche asistía a los ulcerosos y a los decrepitos y que no rehuía siquiera el servicio a los enfermos de lepra. Las mujeres se prostaban ante ella cuando, con su toca blanca y la mirada baja, pasaba por la calle. El obispo la ensalzaba en numerosos sermones como el ejemplo más noble de virtud femenina. Y los niños alzaban la mirada hacia ella como hacia una constelación poco común. De pronto toda la atención del país no se dirigió ya hacia Helena —para su enorme disgusto, como se puede suponer—, sino tan sólo hacia la blanca víctima expiatoria que, para escapar al pecado, como una paloma, había alzado el vuelo hacia el cielo de la humildad.

Un extraño astro doble, como el de los Dioscuros, brilló entonces durante los meses siguientes sobre el maravillado país, para complacencia tanto de los pecadores como de

los piadosos. Pues mientras que a los primeros se les había aparecido en todo momento gracias a la derrochadora sensualidad del cuerpo de Helena, los segundos podían ahora edificar su alma con el reflejo virtuosamente radiante de Sophia. Y gracias a esa duplicidad en aquella ciudad de Aquitania, por primera vez desde los orígenes del mundo el reino de Dios en la tierra parecía separado de manera limpia y evidente de aquel otro que era su reverso. Quien amaba la pureza podía recurrir a la santa protectora, mientras que al que se hallaba sumido en los placeres de la carne, el goce terrenal le sonreía en los brazos de la hermana indigna. Pero en todos y cada uno de los corazones de esta tierra, extraños caminos de contrabando suben y bajan entre el bien y el mal, entre la carne y el espíritu, de modo que no pasó mucho tiempo hasta que se demostró que precisamente aquella duplicidad amenazaba la paz de las conciencias de un modo inopinado, pues como a las dos hermanas gemelas, a pesar de su vida tan sumamente dispar, apenas se las podía distinguir desde el punto de vista físico —tenían la misma estatura, el mismo color de ojos, la misma sonrisa y la misma dulzura—, como es natural pronto entre los hombres de la ciudad estalló una apasionada confusión. Si, por ejemplo, un joven había pasado una noche ardiente en brazos de Helena y salía muy temprano por la mañana, por así decir, para lavarse el pecado del alma, se frotaba asombrado los ojos y como espantado frente a una aparición del demonio. Y es que la hermosa novicia con el modesto hábito gris de enfermera de la caridad, que en aquel preciso momento empujaba a un anciano jadeante en su silla de ruedas por los abiertos jardines del hospital y, sin mostrar repugnancia, le limpiaba un esputo que colgaba de la boca sin dientes con gesto tierno y a la vez delicado, le parecía que era exactamente la misma que acababa de dejar, desnuda y ardiente, en el lecho del placer. Se quedaba mirándola. Sí, eran los mismos labios, los mismos movimientos sensuales y cariñosos. Por supuesto, ahora no

servían al amor terrenal, sino a un amor superior hacia todo lo humano. Se quedaba mirándola, y los ojos le ardían tratando de que poco a poco el modesto hábito gris se volviera transparente, y a su través parecía que el cuerpo bien conocido de la cortesana resplandecía frente a él.

Y el mismo juego escandaloso de los sentidos se burlaba a su vez de aquellos que acababan de ser testigos reverentes de la piadosa visita de la enfermera y que, al doblar la esquina, veían a Sophia, hasta ese momento recatada, transformada de un modo singular, con el pecho al descubierto y un suntuoso vestido, corriendo hacia un banquete rodeada de pretendientes y servidores. Se trataba de Helena, no de Sophia, se decían sin duda, pero de todos modos desde ese momento no podían pensar en la piadosa sin su desnudez, y en medio de su devoción se volvían impíos. Así la mente fluctuaba insegura de la una a la otra y se confundía, de modo que los sentidos a menudo seguían el camino contrario al deseo. Los jóvenes soñaban con el cuerpo intangible al ver a la que se vendía y, por otro lado, contemplaban a la devota samaritana con la mirada pecaminosa del deseo sexual. Pues de alguna manera el Creador ha dispuesto los sentidos de los hombres de forma enrevesada, de modo que su deseo por las mujeres reclama siempre lo contrario de lo que ellas conceden. Si una ofrece despreocupada su cuerpo, entonces ellos están menos agradecidos por el don y actúan como si sólo pudieran amar como es debido la inocencia. Pero si una mujer defiende su castidad, entonces les excita siete veces más la idea de arrebatársela a la que así se preserva. Así, ningún anhelo llena ni colma jamás el dilema masculino, que entre la carne y el espíritu añora siempre el eterno contrario. Sin embargo, en este caso un demonio burlón lo había enredado todo aún más, pues la cortesana y la devota, Helena y Sophia, parecían hasta tal punto uno y el mismo cuerpo que no se podía distinguir a la una de la otra, y ya nadie sabía bien a cuál de las dos deseaba en realidad. Así ocurrió que a los picaros